

Jiménez de Quesada y la literatura colombiana

Escribe: **EDUARDO SANTA**

1 — La aventura de la Conquista

Entre toda esa turba aventurera y codiciosa de conquistadores, encomenderos y soldados que vinieron a lo que hoy es América en busca de fortuna, sorprende encontrar, de pronto, al letrado y al idealista que, en medio de los tremendos avatares en los que la muerte y el dolor acechaban a cada paso, dedicaba sus ratos a la meditación profunda, al trabajo erudito, a la inspiración poética y que, en medio de su bagaje, llevaba con amor, como quien lleva un hijo, los apuntes y cuadernos escritos en medio de la desesperación, el peligro y el hambre padecidos en esas jornadas sorprendentes.

La conquista de este nuevo continente fue, indudablemente, la gesta heroica más dura y más escalofriante de todos los siglos. Cuando se leen los relatos de los Cronistas de Indias y algunos que nos legaron los mismos conquistadores, no deja uno de conmoverse hasta el máximo de aquello que hoy nos parece inverosímil, de aquel trasegar de meses y de años por un mar turbulento y entonces desconocido, por selvas oscuras y cenagosas pobladas por fieras y alimañas letales, por ríos torrentosos, sin saber casi nunca a dónde se iba a llegar. Porque apenas estaban haciendo los primeros caminos y las primeras rutas con el casco de sus caballos y con la fuerza incontenible de sus espíritus indomables. Gentes duras, gentes de recia voluntad, gentes sin ley que aquerenciaron la muerte y la cortejaron a cada momento, que la vieron a cada paso en los estertores del compañero devorado por las fiebres, por el hambre, las fieras

y el cansancio, por la flecha certera en la emboscada o en el combate abierto con el indígena y que la prodigaron también con violencia, cada vez que podían, en medio de esa pesadilla en la que lo único que importaba era sobrevivir para llenar las manos de oro y volver a la península española como héroes de una nueva edad donde el dinero y la fe se hermanaron. Por eso, a pesar de todo lo que se ha dicho y se siga diciendo sobre la crueldad del conquistador español, quedan en pie y a salvo de toda controversia sus virtudes capitales, como son el valor temerario, su espíritu de aventura, la fortaleza de su carácter y su constancia batalladora llevada a los últimos grados de terquedad. Sólo un pueblo como el español podía emprender esa nueva cruzada para la cual era indispensable tan extraña mezcla de idealismo, de resistencia a la adversidad, de orgullo acendrado y alta estima del honor, de espíritu aventurero, de desprecio por la vida y de tenacidad sin reservas. Hernán Cortés quemando sus naves para notificarle a sus tropas la firmeza de su decisión, para cortar toda posibilidad del retroceso ante el peligro, para cerrar la brecha de la huida, es el gesto que define la validez de un propósito y el signo de toda una época. Y gestos como el de Cortés se repetían a diario en ese trasegar por los caminos de la muerte.

2 — Don Quijote en América

Entre esos miles de aventureros de alma recia, salidos en su gran mayoría de los bajos fondos sociales, perdularios y desocupados que querían jugarse la última carta de sus existencias, perseguidos por la justicia o por la necesidad, muchos de ellos expresidarios, soldados mercenarios sin empleo, entrenados en duras batallas, gentes para quienes el descubrimiento del nuevo mundo era la gran oportunidad de hacer fortuna y fama, venía extraviado un verdadero caballero andante a quien su apego por la justicia le había hecho abrazar la carrera de abogado y a quien su idealismo le había hecho historiador y letrado. Se llamaba Gonzalo Jiménez de Quesada. De regular estatura, algo robusto, su rostro nos revela altivez, sinceridad y nobleza, al mismo tiempo. Al contemplar los retratos y dibujos que han llegado hasta nosotros, hemos tenido la sensación de estar frente a un magnánimo patriarca, enfundado en aquella armadura de hierro, detrás de la cual suponemos palpité su corazón sensible, hecho más para impulsar los sueños que para animar y sostener las faenas de la guerra. Hay en su gesto, en el conjun-

to de todas sus facciones, un cierto aire de bondad conjugada con esa gran firmeza de carácter y recia voluntad de que están impregnadas todas las aventuras de este hidalgo. Y, en verdad, nada hay en ese rostro de vulgar, de cruel o de codicioso, semejando más bien la fina estampa de un idealista y caballeroso condotiero del Renacimiento.

De su vida y de sus obras, anteriores a su empresa conquistadora, como sucede con la gran mayoría de los conquistadores, es poco lo que se sabe. Generalmente fueron gentes anodinas cuya grandeza apenas nace con los hechos temerarios con que tejieron esta odisea americana que fue la Conquista. Sabemos, sin embargo, que había nacido en Granada hacia 1509, aunque algunos historiadores sostienen que fue Córdoba su cuna; que era hijo de Gonzalo Jiménez y de Isabel Rivera, de buen abo-lengo, y que de ese matrimonio fue el primogénito; que estudió jurisprudencia y ejerció su profesión ante la Real Cancillería de Granada, hasta el día en que movido por sus incontenibles ansias de aventura se vino a estas tierras con Pedro Fernández de Lugo, gobernador de Santa Marta. Ciertamente entre la brillante expedición de este Capitán, venía don Gonzalo Jiménez de Quesada, con el cargo de Justicia Mayor. Y el arribo de este licenciado, con ribetes de historiador y literato, nos recuerda el sueño de Miguel de Cervantes: venir también a Colombia, a la que el mismo Jiménez de Quesada bautizara Nueva Granada, a servir en un modesto cargo. Y curioso es este parangón, por cuanto si existió algún Quijote en el mundo, alguien que reviviera la caballería andante en pleno siglo dieciseis, ese fue don Gonzalo Jiménez de Quesada, cuyo parentesco con Alonso Quijano o Quesada es innegable. Y surge aquí la hipótesis que ya ha sido planteada por respetables eruditos como Germán Arciniegas en su deliciosa biografía de don Gonzalo, a quien llama justamente "el caballero de El Dorado". Cuando Cervantes es liberado de su prisión en Argel y regresa a España a intrigar un cargo, ha llegado a la Península la noticia de que ha muerto en el Nuevo Reino de Granada su Adelantado, don Gonzalo Jiménez de Quesada y sus herederos están preparando bártulos para viajar a estas tierras a reclamar una herencia que suponen fabulosa. Las aventuras del Mariscal y Adelantado don Gonzalo se comentan en ciertos círculos, especialmente en el familiar de los Quesada, con los cuales Cervantes tiene vínculos y hasta parentescos cercanos. Las maravillosas aventuras de los conquistadores y particularmente de los Quesada (Gonzalo

y Hernán) por estas tierras enigmáticas, mueven a Cervantes a solicitar al Rey un puesto en Bogotá o en Cartagena, que son justamente las dos ciudades Quesada. Su propia esposa, Catalina Salazar, está vinculada con lazos de sangre a don Gonzalo y de ella y de sus parientes escucha relatos maravillosos que lo mueven a solicitar ese empleo que desafortunadamente para América y para su literatura nunca llega. Inclusive, en esta familia de locos que son los Quesada, hay alguien que se llama Alonso. Pero es, indudablemente, de todos estos locos, este don Gonzalo con sus aventuras, el que entusiasma a Cervantes. Que si hubiese venido a la América India, a la Nueva Granada, es decir, a nuestra Colombia, quizás hubiera puesto a caminar por sus selvas, sus llanos, sus ríos y montañas, al último caballero andante que en la ficción se llamó Alonso Quijano o Quesada y en la realidad Gonzalo Jiménez de Quesada, que también discute sobre las letras y las armas, que también piensa en una lejana Dulcinea que ha dejado en Granada y a quien también dedica sus hazañas; que sueña febrilmente en la conquista fabulosa de un Dorado inexistente; que también defiende a los humildes, en el más ardiente debate contra curas y encomenderos; que discute sobre literatura y poesía con el cura don Juan de Castellanos; que también escribe, para el uso de los Sanchos, instrucciones y consejos para el buen gobierno; que lucha, lanza en ristre, contra los molinos de viento de su época; que es apaleado por los zafios con los que tropieza en su carrera en pos del ideal; que vive en permanente desventura, haciendo discursos y sermones en las soledades de estas hermosas tierras vírgenes; que escribe una monumental obra contra el historiador don Paulo Jovio para defender a su propia patria de consejas y leyendas elevadas a la categoría de historia; que tira a manos llenas el dinero en aventuras de mujeres y de cartas y que, al final de su existencia, como el propio Quijote, muere dejando de heredera a la sobrina, y por albaceas al cura y al letrado (1). Pero, antes de morir, cansado, decepcionado, repasando lo que ha sido su vida aventurera, perdido en la pequeña y solitaria aldea de Mariquita, en tierras del Tolima, deja el epitafio para su propia tumba: *Expecto resurrectionem mortuorum*.

3 — Las aventuras de Don Gonzalo

Pues bien; devolviéndonos en la historia de este don Gonzalo Jiménez de Quesada, encontramos que a poco tiempo de haber desembarcado en Santa Marta fue nombrado por Fer-

nández de Lugo, previo acuerdo con los capitanes, como General de la fuerza destinada a cubrir las cabeceras del río Magdalena. Según los cronistas, don Gonzalo salió el 6 de abril de 1536 con su expedición que se componía de seiscientos hombres a pie y setenta a caballo, sin contar la gente que iba por el río Magdalena, arrojando un total de ochocientos hombres. Los relatos que hacen los cronistas de esta penosa travesía del descubridor del Nuevo Reino de Granada, bordeando las márgenes del gran río de Colombia, atravesando selvas inhóspitas, salvando abismos y torrenteras, en climas malsanos donde la gente moría de sed y de hambre, carcomidos por las epidemias o devorados por las fieras, luchando con los indígenas, con la naturaleza misma y con el descontento de muchos que querían regresar, trepando a la cordillera de los Andes hasta llegar a la extensa sabana que los conquistadores llamaron Valle de los Alcázares, constituyen páginas de angustia, de heroísmo, de espanto, que ponen de relieve el temple de esos hombres que, sin saberlo, estaban superando en coraje todas las leyendas de las tierras vírgenes escritas hasta ese entonces. De entre ellos, quizás el más notable, don Juan de Castellanos, enumera así las dificultades: “ciénagas, pantanos y lagunas —pasos inaccesibles y montañas— cansados de las plagas del camino —garrapatas, murciélagos, mosquitos— voraces sierpes, cocodrilos, tigres —hambres, calamidades y miserias— con otros infortunios que no pueden —bastante ser encarecidos” (2). Y sabemos también, por los mismos cronistas, que el hambre llegó a obligar a los expedicionarios a comer cocidos en agua los cueros de los escudos, las correas y las vainas de las espadas.

La expedición de Quesada culmina con la fundación de Bogotá, el 6 de agosto de 1538, sobre la hermosa y verde sabana, al pie de los altos cerros que la custodian y embellecen, y a la cual dio el nombre de Santa Fe con el cual se le conoció hasta los comienzos de la República. Y a todo el territorio de lo que hoy es Colombia lo bautizó don Gonzalo con el nombre de Nuevo Reino de Granada, en conmemoración de su tierra nativa. Posteriormente, en 1539, regresó a España en compañía de Sebastián de Belalcázar y Nicolás de Federmán. El primero venía de Venezuela y el segundo del Perú. El destino los había reunido en la capital de Colombia por aquellas calendas. Al regresar de nuevo a las tierras que había descubierto y conquistado, Quesada con amplios poderes del rey —el cual le había dado también el gobierno perpetuo de cierta parte de los Llanos Orientales—

emprendió en 1569 una expedición penosa y larga a través de los Llanos de San Martín en pos del espejismo fascinante del Dorado y después de tres años de tremendas penalidades llegó hasta la desembocadura del río Guaviare en el Orinoco. Empresa descabellada en la cual el fundador de Bogotá perdió casi todo su ejército, su caballería y, en lugar de encontrar oro, dilapidó el que tenía y quedó endeudado y enfermo. Encargado luego por el gobierno de la Real Audiencia de Santa Fe de someter a los belicosos indios gualíes, a pesar de su edad avanzada y su precaria salud, Quesada no rehusó el encargo y logró éxito en tal empresa. El viejo conquistador, ya con el título de Adelantado, fundó en las cercanías de Mariquita el poblado de Santa Agueda, el cual no subsistió. Regresó entonces a Santa Fe y luego se retiró a Suesca, donde se dedicó a escribir la historia de sus descubrimientos y conquistas, que se conoce con el nombre de "Compendio Historial", y otra obra en la cual se supone que consignó una serie de reflexiones sobre el hombre y el paisaje bajo el título "Los Ratos de Suesca". Enfermo, anciano y casi en la miseria, decepcionado de la vida, se trasladó a Tocaima y luego a Mariquita, en donde falleció el 16 de febrero de 1579.

4 — Quesada y la literatura colombiana

Quesada fue un hombre desventurado en todo el sentido de la palabra. Siempre estuvo en pos de una quimera. Su vida fue una lucha constante contra el infortunio. Al fundar a Bogotá, tiene que defender sus títulos de fundador y su jurisdicción sobre su ciudad amada de las pretensiones de Federmán y Belalcázar, los cuales quieren tomar posesión de ella y sumarla a sus conquistas. Cuando se propone regresar a España con el fin de dar cuenta al Rey de todas sus hazañas, conquistas y fundaciones, es Gerónimo Lebrón, nuevo Gobernador de Santa Marta, quien quiere usurparle la jurisdicción en el territorio por él conquistado. Mucho antes, en aquella terrible marcha por las selvas del Opón en viaje al Valle de los Alcázares, había tenido que luchar con entereza y con vigor contra los desencantados y los inconformes que quieren regresar a Santa Marta. Luego es acusado por subalternos ante la corona española. Soldados de su expedición, movidos por la curiosidad, el descuido o la codicia, incendian el templo de Suamuxi, o templo del Sol, donde se supone existieron tesoros materiales y documentos de gran valía sobre los orígenes del pueblo chibcha que fueron consumi-

dos entre las llamas de aquella irreparable catástrofe. Siempre estuvo en pos de ese Dorado que trastornó la mente de muchos conquistadores, sin poder encontrarlo jamás. Lo que para otros conquistadores fuera fácil, para este don Gonzalo siempre fue difícil. Cuánta lucha para obtener, primero, el título de Mariscal y, luego, el de Adelantado, cuando Pizarro y Cortés disfrutaban del título de Marqueses. En busca de ese Dorado mitológico, pierde su fortuna, llegando a la miseria. Viejo, empobrecido y casi olvidado, contrae una terrible enfermedad que algunos suponen fue la lepra. Y ese sino fatal que persigue al Quijote de América, parece que se extiende sobre su obra literaria. Así, por ejemplo, "El Antijovio" duró extraviado cerca de cuatro siglos, hasta que en 1927 fueron descubiertos los manuscritos en la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid. Y así fue como esta obra, escrita para ser publicada en su época, según los deseos de su autor, que se apresura a enviarla a España con ese fin, solo vino a conocerse en 1952, gracias a la publicación que de ella hizo el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. Con la mayor parte de sus obras, y entre ellas "Ratos de Suesca" y "Compendio Historial", pasó otro tanto: se han perdido, sin que hasta el momento se hayan podido encontrar, a pesar de las búsquedas que se han hecho tanto en Colombia como en España.

Pero, a pesar de estas calamidades, se puede emitir hoy un juicio sobre lo conocido de la producción intelectual de Jiménez de Quesada. De "El Antijovio" puede afirmarse que es, sin lugar a dudas, una obra monumental en el campo de la historia de Europa, que despeja muchas incógnitas y corrige muchos datos. La obra, en verdad, es erudita y está escrita en un estilo que nos revela el alto grado de cultura que poseía el fundador de Bogotá. Tiene además la virtud de que en su texto don Gonzalo va dejando datos autobiográficos de gran interés. Como antes se dijo y como su propio título lo indica, fue escrita para refutar y aclarar mucho de lo afirmado por el historiador lombardo Paulo Jovio, Obispo de Nocera, en el libro "Historias de su Tiempo", en el cual enjuicia duramente la política del emperador Carlos V y el comportamiento de las tropas imperiales españolas durante las guerras de Italia en el Siglo XVI (3). El erudito historiógrafo español Manuel Ballesteros Gaibrois, en el estudio preliminar a la primera edición hecha por el Instituto Caro y Cuervo, no duda en calificar esta obra como "una de las más vivas y espontáneas de la historiografía moderna" y

en considerarla “como modelo de estilo castellano que sin duda figurará con el tiempo entre las obras clásicas de nuestra literatura”, para concluir luego que “El Antijovio” quedará “como modelo de escrito político e histórico, ejemplar único en su género, lleno de pasión y de verdad, por primera vez conjugadas con tanto acierto y genio” (4). Finalmente, agregamos nosotros a lo dicho, que estando tal edición “destinada al público científico americano y americanista” (5), se respetó la ortografía, puntuación y abreviaturas propias de la época, quizás también para darle mayor autenticidad, lo cual hace pesada su lectura a quienes no están acostumbrados a este tipo de publicaciones y que, por ello mismo, debe hacerse una nueva edición, con destino al público en general, en la cual se ponga toda la obra en español moderno, prescindiendo también de abreviaturas que no tienen ningún significado para el lector común y corriente. La obra, en realidad, salvados estos escollos un poco formales, tiene un gran interés para todos los aficionados por los temas históricos.

Como hecho notable para la historia de la literatura colombiana, cabe anotar que esta obra monumental fue escrita en Tunja, hacia 1567, según se desprende del prólogo que el mismo Quesada pone a su obra. Y es que, además de su valor intrínseco, con la obra de Gonzalo Jiménez de Quesada se inicia la historia de la literatura colombiana. Como bien lo expresa el crítico literario don Antonio Gómez Restrepo, “cupó en suerte a Colombia el que su conquistador y fundador de su ciudad capital no fuera simplemente un aventurero ignorante y brutal sino un hombre culto y letrado” (6).

En cuanto al “Compendio Historial”, desafortunadamente extraviado, y a las demás obras de Jiménez de Quesada, conocidas por la mención que de ellas hacen algunos cronistas y por trozos que ellos reproducen en sus obras, conviene recordar el juicio muy autorizado del ya citado Antonio Gómez Restrepo cuando dice lo siguiente: “En parte puede remediarse la pérdida del “Compendio Historial” recopilando lo que de él tomaron Antonio de Herrera para sus “Décadas” y Zamora y Piedrahita para sus “Historias”. Sobre todo, las de los últimos son puntuales. Queda además la “Relación” o “Epítome” que publicó por primera vez don Marcos Jiménez de la Espada y que este doctísimo americanista atribuyó sin vacilar a Quesada, aun cuando advirtiendo que el manuscrito había sufrido reto-

ques... A juzgar por todos estos fragmentos y por otros escritos menores, cartas, memoriales, la "Relación sobre los conquistadores y encomenderos", publicada por el general Acosta, etc., Quesada, en prosa, tenía el mismo gusto que en poesía, es decir, pertenece más al siglo XV que al Renacimiento. Su estilo es de cronista, como lo fue el de Bernal Díaz del Castillo, por ejemplo. Lo que a estos y otros cronistas de Indias les falta de acicalamiento y de elegancia retórica, lo compensa con el vigor y la evidencia del relato. En la "Relación", por ejemplo, sorprende la concentración sintética con que en unos cuantos párrafos nos pone a la vista los rasgos más típicos de la civilización chibcha (7).

Polifacético y universalista, como buen hombre del Renacimiento, este don Gonzalo espiga no solamente en los campos de la historia, con la propiedad y profundidad ya vistas, sino que también lo hace en los del derecho, la filosofía y la administración. Pero, lo más insólito en un Conquistador del temple de Quesada, son sus incursiones en el campo religioso y teológico cuando en sus retiros y soledades se dedica a componer sermones sobre la Virgen, para ser predicados los sábados de cuaresma, y sus preocupaciones muy serias sobre la poesía y los nuevos metros introducidos en España, tema este que le apasiona y que le permite sostener interesantes diálogos y controversias con el insigne cronista don Juan de Castellanos.

Don Rafael Torres Quintero, distinguido investigador de nuestra literatura, a cuyo cuidado estuvo la edición que hizo el Instituto Caro y Cuervo del "Antijovio", en su estudio sobre la bibliografía de Quesada, relaciona las siguientes obras: "Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada", el "Gran Cuaderno", "Indicaciones para el buen gobierno", "Anales del Emperador Carlos V", "El Antijovio", "Las diferencias de la guerra de los dos mundos", "Los Ratos de Suesca", el "Compendio Historial", la "Memoria de los descubridores y conquistadores que entraron conmigo a descubrir y conquistar este Nuevo Reino de Granada", los "Sermones sobre Nuestra Señora", además de algunas traducciones del latín, cartas al rey sobre el descubrimiento, conquista y colonización de estas tierras, memoriales, declaraciones y otros documentos de carácter jurídico y administrativo. Aunque la mayor parte de las obras relacionadas se han perdido, de ellas se ha tenido noticia por las referencias que hacen los cronistas de Indias y por las trans-

cripciones de trozos de las mismas que tales cronistas han hecho. Y es verdaderamente alentadora la noticia que trae don Rafael Torres Quintero en su estudio mencionado, cuando dice que “la búsqueda en los archivos americanos y españoles de documentos referentes a Quesada está realizándose hoy con interés creciente y puede esperarse aún mucho fruto de tales investigaciones” (8).

Refiriéndose a la importancia y trascendencia de las “Indicaciones para el buen Gobierno”, el historiador Raimundo Rivas nos recuerda que en esta obra “suplica al Monarca que legisle sobre todas las ramas del Gobierno, en representación en que toca desde la creación de Obispados y conversión de indígenas, hasta la manera de proveer las encomiendas, cobrar sus tributos y labrar las minas; desde los castigos que deberían imponerse a los que maltratasen a los indios, hasta la manera de prevenir futuras rebeliones y secuelas que convendría se siguiera en los litigios ante la Real Justicia”. Y agrega a renglón seguido que “este solo documento es suficiente para señalar a Quesada como auténtico hombre de Estado, pues demuestra no solo cuánta era la natural generosidad de su alma y su verdadera simpatía por los indígenas (*a quienes procuraba amparar contra los mismos españoles, cuyos intereses por otra parte defendía*), sino que pone de relieve hasta qué punto había penetrado en la psicología del nuevo conglomerado social, cuyos contornos empezaban a delinearse; su profundo conocimiento del medio en que iban a tener efecto las ordenanzas del Rey y de los males que debían ser extirpados, y su anhelo de encauzar, dentro de las normas de equidad y de justicia, la vida en las posesiones españolas” (9).

5 — El Antijovio, un verdadero clásico

De una lectura atenta y cuidadosa de este voluminoso libro de Jiménez de Quesada (638 páginas) se puede observar que, a pesar de la prisa con que fue escrito y de que la intención de su autor no fue producir una pieza literaria sino un alegato erudito lleno de hechos históricos, es de una belleza singular y de una rara donosura, por su espontaneidad, por su ausencia de falsos afeites y de calculada retórica, siendo indudablemente un ejemplo de prosa castellana de altos quilates, una obra clásica de nuestra literatura. Ballesteros Gaibrois, ya citado anteriormente, al hacer el análisis de esta obra, señala cinco ca-

racterísticas en su estilo: 1) descuido y llanesa en su composición; 2) algún culteranismo y empleo de palabras poco usuales; 3) una cierta elegancia natural no afectada; 4) empleo de algunos dictados tópicos y refranes, y 5) gran claridad expositiva. De estas características nosotros queremos hacer énfasis en la que a nuestro juicio nos parece fundamental y es justamente la última enumerada anteriormente. Porque nos llama la atención el orden, la sindéresis, la coherencia misma del relato que hace Jiménez de Quesada en su obra, lo cual nos descubre las condiciones psicológicas propias de su temperamento y de sus atributos intelectuales, sin necesidad de hilar muy fino. La clásica sentencia de que "el estilo es el hombre", tantas veces citada y atribuída a tantos pensadores, no es ciertamente una simple frase literaria, sino más bien una afirmación llena de contenido científico, de grandes proyecciones psicológicas. Porque detrás de un estilo siempre hay, además de un temperamento, de una manera de ser, y hasta de un estado de ánimo, una denuncia de formación intelectual, de preferencias, de simpatías, de actitudes frente a la vida y hasta de grado de cultura. Así, pues, en esta capacidad narrativa de Jiménez de Quesada, en el orden y la coherencia de su relato, en la claridad de juicio y sobriedad del idioma que rehusa todo adorno, siendo parco en la adjetivación, se transparenta el hombre de acción, directo en el lenguaje y en sus apreciaciones, firme en sus conceptos y decisiones, metódico, ordenado, con tendencia siempre a la sistematización y siempre en actitud de ir al fondo de los hechos, de buscar lo sustantivo en ellos, de tomarlos con objetividad y de articularlos con rigor lógico. Lo que no es extraño en un hombre que como Jiménez de Quesada, tuvo una formación de abogado y una cultura humanística bien firmes. Pero, además, todas esas características temperamentales que se traslucen en un estilo, nos ponen de presente una doble condición: la una literaria y la otra científica. La primera es la de que nuestro conquistador es un excelente y ameno narrador. ¿Y por qué no decirlo de una vez? Con Jiménez de Quesada se inicia de verdad la narrativa colombiana y quizás la hispanoamericana. Y la segunda está en su valor como historiador, con aquellas condiciones científicas que caracterizan a esta disciplina intelectual: objetividad, mesura en el juicio, capacidad de síntesis y de análisis, espíritu crítico, ponderación y sobriedad. He ahí todo lo que nos revela, pues, este gran "Antijovio", en el cual no se han puesto bien los ojos de los estudiosos de nuestra lite-

ratura hispanoamericana siendo, como realmente lo es, un punto de partida, una firme y profunda raíz cuyo desconocimiento es, si no censurable, al menos, inexplicable. Podría decirse que el hecho de haber estado extraviada esta obra durante cerca de cuatrocientos años, privó a los historiadores y analistas de nuestras letras de señalarla como básica y fundamental en los orígenes de ellas, pero esta afirmación se invalida si tenemos en cuenta su rescate o descubrimiento en 1927 y su publicación en 1952. Es decir, ya ha transcurrido un tiempo suficiente para que su importancia empiece a ser medida en su justo valor. Muy deseable nos parece que los historiadores de nuestra cultura y particularmente los que se ocupan de los orígenes y desarrollo de nuestras letras colombianas e hispanoamericanas vuelvan sus ojos hacia el "Antijovio", dejando a un lado el censurable prejuicio de considerarlo como un "mamotreto arqueológico" (y la expresión la hemos encontrado de gentes que a pesar de su cultura no lo han leído), para valorarlo en lo que es y medir con justicia su significado no solo como origen de nuestra historiografía, sino también como principio de nuestra narrativa, como modelo de prosa castellana en su época y como lo que es sobre todo lo anterior: uno de los libros clásicos de nuestro idioma.

6 — La significación de Quesada

En síntesis, este don Gonzalo Jiménez de Quesada, voluntad de acero y corazón de oro, tiene una múltiple significación en nuestra historia. Le vemos, como en un primer plano, nimbado por la gloria y la leyenda, como el descubridor y conquistador del país de los muiscas, al lado de Pizarro, que conquistó el país de los incas y de Cortés que conquistó el país de los aztecas. Ellos configuran la gran trilogía. Son las tres máximas figuras de la Conquista en América. Le vemos también, dejando a un lado su armadura y su espada, lejos de la soldadesca bulliciosa y altanera, manejando su pluma de ganso, para *iniciar también la conquista de los derechos del indígena y descubrir solemnemente los caminos de nuestra literatura y de nuestra historiografía*. Y le vemos, también, embriagado de locura y de idealismo, cabalgando por las sierras y los valles de su reino, ajeno a la codicia, defendiendo causas perdidas, o en sus retiros de Suesca y Mariquita, contemplando con la emoción del poeta y la serenidad del filósofo el discurrir veleidoso de la vida. Y como fue sensible a la belleza en grado sumo, pudo escoger para fundar la ciudad de sus sueños el valle más hermoso,

con ríos de melancólico y lento deslizarse y cerros centinelas desde donde podía contemplar en los días despejados las cumbres nevadas de sus bellos dominios. Porque la fundación de Bogotá fue ante todo un acto estético. Hasta en esto se refleja su espíritu de selección. Y quienes creen y sostienen que la vida de este ingenioso hidalgo inspiró, años más tarde, a don Miguel de Cervantes para escribir el Quijote, bien pueden seguir en esta creencia. Porque aunque en ello pudieran de pronto estar equivocados, al menos pueden estar en lo cierto en tres cosas fundamentales: la primera es que don Gonzalo es un verdadero caballero andante del siglo dieciseis; la segunda y muy cierta es que don Gonzalo es de los Quesada de don Alonso; y la tercera, tan indudable como las anteriores, está en que este varón sin par en los anales de la Conquista, vivió en olor de justicia y murió en olor de pobreza y resignación creyendo siempre en los valores del espíritu. Ahora, a cuatrocientos años de distancia de su muerte, Colombia puede decir ufanamente que su existencia nació de la espada y de la pluma de este andante caballero que le imprimió desde el principio las características propias de su temperamento como nación: devoción por el derecho, amor por las letras y pasión por la justicia. Y sobre todo, una indeclinable vocación por la libertad y un grande apego por los grandes ideales.

NOTAS

- (1) Germán Arciniegas. "Jiménez de Quesada", Bogotá, Biblioteca Revista de las Indias, 1939.
- (2) Juan de Castellanos. "Historia del Nuevo Reino de Granada", Bogotá, Imprenta Nacional.
- (3) Gonzalo Jiménez de Quesada. "El Antijovio", Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952.
- (4) Manuel Ballesteros Gaibrois. Estudio Preliminar de "El Antijovio". Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952.
- (5) Manuel Ballesteros Gaibrois. *Ibidem*.
- (6) Antonio Gómez Restrepo. "Historia de la Literatura Colombiana" (Tomo I). Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1953.
- (7) Antonio Gómez Restrepo. *Ibidem*.
- (8) Rafael Torres Quintero. Bibliografía de Quesada. En "El Antijovio". Bogotá, Caro y Cuervo, 1952.
- (9) Raimundo Rivas. "Los Fundadores de Bogotá". Bogotá, Imprenta Nacional, 1923.